

## **DOMINGO XXI DE TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (Josué 24, 1-2a.15-17.18b): *Serviremos al Señor, él es nuestro Dios.*

**Salmo** (33, 2-3.16-23): *«Gustad y ved qué bueno es el Señor».*

**2ª lectura** (Efesios 5, 21-32): *Sed sumisos en el temor de Cristo.*

**Evangelio** (Juan 6, 60-69): *El Espíritu es quien da vida.*

La libertad de elegir al Dios que queremos servir forma parte de nuestra dignidad radical, aquella que procede de nuestra condición creacional. No sólo somos naturaleza bruta, sino criaturas privilegiadas por ese don divino, que nos regaló esa característica de ser, a imagen y semejanza de Dios, señores del orden creado. Este dominio supone que nada ni nadie del orden creado, podrá anular nuestra libertad radical con la que Dios nos regaló.

Estas afirmaciones encuentran su dificultad en la experiencia cotidiana de la falta de dominio que nos domina. No olvidemos que eso brota de nuestra condición de hijos del viejo Adán, quien nos transmite por generación natural la herencia de su condición pecadora, es decir, de su rebeldía contra el Creador; es precisamente, esa oposición al designio de Dios lo que privó a Adán de ese regalo inmenso con que Dios lo había dotado: perdió su libertad y sucumbió ante el engaño de Satanás.

La astucia del enemigo intentó ganarse la voluntad de los amigos de Dios presentando al Altísimo como un obstáculo para alcanzar ellos mismos, Adán y Eva, la misma condición divina. La mentira deslumbró a nuestros primeros padres y acabaron rindiéndose como esclavos ante la propuesta falaz de Satanás, y así los que habían sido creados para dominar sobre todas las demás criaturas acabaron esclavos de las mismas. Rechazaron el designio de Dios y se sometieron al engaño del príncipe de la mentira.

Una situación paralela, es decir, un momento crítico en el que hay que tomar una decisión volvió a darse en el tiempo en el que Josué conducía a su pueblo en la conquista de la tierra prometida. Esta vez no es Satanás sino el enviado por Dios, quien interroga al pueblo sobre el uso de su libertad. No impone, ni esclaviza a su pueblo, sino que les recuerda su condición libre: *«Dios los liberó de la esclavitud de Egipto»* y ante la tentación de adherirse a la fe de los cananeos o incluso a la fe que precedió la gran decisión de Abraham, Josué propone al pueblo que elija libremente a que Dios van ellos a servir.

*«¡Lejos de nosotros abandonar al Señor para servir a dioses extranjeros!»*. La experiencia del dominio que Dios ha ejercido sobre su pueblo les mueve a confesarle abiertamente como su Señor. Él es quien le concede todo el bien que ellos desean con entera libertad; no les pide sacrificios ni holocaustos, solo quiere para ellos lo mejor y les invita a que elijan sin presión ninguna. Eso sí, ellos hacen memoria, recuerdan, avivan los sentimientos libres de su corazón y reconocen que el Señor siempre ha estado a su favor y por eso no quieren abandonarle.

En esta asamblea convocada por Josué en Siquén, se da todo un acontecimiento singular en la historia de las religiones, ya revestido de progreso democrático: el pueblo elige a su dios a partir de las múltiples ofertas de religiosidad o sencillamente de corrientes *“espirituales”*. Con frecuencia los creyentes iniciamos la relación con Dios como las tribus de Israel en Siquén: a través de una iniciación en nuestro entorno tanto familiar como educativo y que suele tener por contenido lo que la Iglesia nos da en el catecismo adaptado a cada época. Este inicio de relación con Dios está determinado por la coherencia, entre lo que se enseña en la catequesis y en el hogar y lo que vamos realizando en nuestra vida.

Muchos bautizados en la fe católica, a quienes no se ha ayudado convenientemente a madurar en su fe, sino que permanecen, con suerte, en unos valores de corte cristiano, no terminan de integrar en su vida de fe la realidad de la Iglesia y dejan de participar en la vida de la Iglesia porque ese nivel institucional les dificulta acceder a una relación con Dios que integre la realidad más profunda de la Iglesia.

Pero si el bautizado, que ha iniciado su relación con Dios a través de lo que la Iglesia le ha ofrecido, continúa sintiéndose atraído por los valores que encarna Cristo Jesús, en algún momento el Espíritu Santo del Padre le concede acceder a la relación afectiva con Cristo Jesús por entero, para vivir de su amor, de su libertad, de su ser en Él.

Juan, nos lo aclara en la lectura de hoy: *«nadie puede venir a Mí, si el Padre no se lo concede»*. Vivir la relación con Jesús es don del Padre por medio del Espíritu Santo. Y entonces ya no somos nosotros quienes elegimos a Dios, sino que es el propio Dios y Padre quien nos elige para ser discípulos de su Hijo.

Él es el Señor que no esclaviza, sino que nos hace partícipes de su dominio cuando somos capaces de hacer *“libremente”* lo que Él quiere. El querer de Dios es libre y comunica libertad de una forma tan abundante que ni siquiera nuestra rebelión nos priva del regalo de Dios; somos nosotros y la esclavitud del pecado la que nos impide usar de esa libertad que en definitiva supone tener capacidad operativa de no dejarnos llevar por nada ni nadie que nos obligue a aceptar su propuesta. Dios nos deja libres y nos invita a permanecer siempre libres ante la bondad.

Ahora comprendemos la firmeza con la que Pedro declaró su adhesión a Jesús: *«Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna»*.